

tenden mostrar entendidos orientalistas, ninguno de los grandes poetas, oradores é historiadores griegos, á excepcion de Plutarco, habia sido traducido á la lengua arábica, siéndoles por tanto desconocida la literatura que animó con la gloria de sus creaciones la civilizacion del antiguo mundo ¹. Enriquecida en cambio su fogosa imaginacion con las maravillosas creaciones de la India ²; excitada en todas partes con el espectáculo de la naturaleza, cuya risueña lozania les recordaba en la Península Ibérica los verjeles de Persia y de la Arabia, habian intentado aclimatar en Córdoba aquella poesía, arrebatada siempre en su vuelo, osada hasta la temeridad en el uso de las imágenes, ostentosa y violenta en las metáforas, exuberante y oscura en los símiles é inclinada sin cesar á la grandilocuencia, al fausto y á la hipérbole. Á imitacion de los Califas orientales, habian los de España derramado á manos llenas honras y distinciones sobre los cultivadores de aquella arte, no menos artificiosa que complicada en su metrificación ³, pre-

1 Á favor de la primera opinion milita la autoridad de M. Silvestre Sacy, seguida por M. Elsner, y aceptada en cierto modo por el Instituto de Francia, que premió en 1809 la memoria en que el segundo la sostenia (*Des Effets de la Relig. de Mah.*, Paris, 1810, pág. 133). Defiende la segunda M. Langlés, á quien dejamos citado respecto de las traducciones arábicas, reconociendo el hecho que en este lugar consignamos el erudito Andrés, cuyo voto, segun oportunamente observamos (Introd., pág. LXXXI), no puede ser sospechoso en cuanto á la cultura arábica se refiere (Ginguené, *Hist. litt. d'Italie*, tomo I, cap. IV, pág. 197).

2 Al examinar en el cap. XIV de esta I.^a Parte la *Doctrina clericalis* del converso Per Alfonso, y al explicar en el siguiente volúmen la introduccion del apólogo oriental en la literatura ya propiamente castellana, tendremos ocasion más oportuna de apreciar lo que debió la poesía y literatura arábica á las tradiciones y fábulas de la India.

3 Discordes andan los orientalistas respecto de la métrica arábica: tiénela unos por intrincada y por demás difícil, y supónenla otros fácil y accesible á todo el mundo, al ver el maravilloso número de poetas que escriben en la lengua de los Califas. Para demostrar de qué parte está la razon en esta controversia, será bien que aun á riesgo de parecer prolijos, demos aquí algunos pormenores sobre la versificación de los musulimes. Fué el primero que procuró fijar las reglas artísticas de la poesía árabe Abu-Abd-er-Rahman Aljalil Ebn-Ahmed-el-Farahidi, uno de los hombres más esclarecidos que florecieron en la corte y bajo la proteccion de Arun-al-Raschid (100 á 170 de la Hégira).

ciándose tambien de entendidos poetas. Abd-er-Rahman, Hixem,

Su arte conocido con el título de *Jalilea*, logró suma autoridad entre los poetas y escritores mahometanos, siendo comentado y explicado diferentes veces: la exposicion más importante de su doctrina, fué debida á Abu-Ismael-el-Tograi, bajo el nombre harto caprichoso de *Lamiat-el-acham*, precioso monumento ilustrado, desde Samuel Clerc hasta nuestros dias, por muy doctos orientalistas. Ante todo conviene advertir que la métrica arábica se divide en dos partes, العروض, *alarúdh* (metro) والقافية, *alcafa* (rima). Los versos constaban de pies regulares ó primitivos أصول, *osúl* (raices) y de irregulares ó secundarios, فروع *foru'* (ramas).

Los pies primitivos no tienen menos de tres sílabas ni pasan de cinco. Sus nombres técnicos y su valor son como sigue:

فاعولن *faulón*; bacchio—فاعيلن *fallon*, epitríto 1.^o ó yambo espondeo—مفاعلاتن *mafálaton*, yambo anapesto—فاعلاتن *fálaton*, epitríto 2.^o ó trocheo espondeo—فاعلن *fáilon*, anfimacro—مستفعلن *mostafilon*, epitríto 3.^o ó espondeo-yambo—متفاعلن *motafáilon*, anapesto-yambo, y مفعولات *mafúlatu*, epitríto 4.^o ó spondeo-trocheo.

En la composicion de los pies entran seis elementos figurados, que son:

- 1.^o تن *tan*: سبب خفيف *sábab jafif*, ó cuerda ligera.
- 2.^o تان *tana*: سبب ثقيل *sábab tzaquil*, ó cuerda grave.
- 3.^o تنن *tanan*: وتد مجموع *wátad machmú*, ó palo conjunto.
- 4.^o تان *tani*: وتد مفروق *wátad mafrúc*, ó palo disyunto.
- 5.^o تننن *tananan*: فاصلة صغيرة *fasila sogra*, ó pequeño tabique (separacion).
- 6.^o تنننن *tanananan*: فاصلة كبرى *fasila cobra*, ó gran tabique.

Es de notar que los árabes llaman al verso بيت *bait* ó tienda de campaña, y comparando su estructura á la de una tienda, han dado á los elementos de su versificación denominaciones tomadas de las partes que compusieron aquella mansion primitiva.

Los ocho pies referidos formaron por efecto de la variedad de su combinacion ó disposicion respectiva, diez y seis metros primitivos, llamados بحر *bahr*, plural, بحور *bohür*, cuyos nombres técnicos son: 1.^o الطويل *el thawil* ó el prolongado. 2.^o المديد *el madid* ó el extenso. 3.^o البسيط *el basith* ó el amplio. 4.^o الوافر *el wafir* ó el exhuberante. 5.^o الكامل *el cá-*

Al-Hakem, Abd-er-Rahman II y Mahommad, todos habian aspira-

mil ó el perfecto. 6.º الهجيز el háchaz ó el lírico. 7.º الرجز el ráchaz ó el trémulo. 8.º الرمل el raml ó el breve. 9.º السريع el sari ó el veloz. 10. المنسرح el monsárih ó el móvil. 11. الخفيف el jaff ó el leve. 12. المصارع el modhari ó asimilado. 13. المقتضب el moctadhab ó el conciso. 14. المحمّث el mochtattz ó el cortado. 15. المتقارب el motacárib ó conjunto. Y 16. المتدارك el motadáric ó el consiguiente. De estos metros el más fácil y que más se acerca á la prosa y á la versificación sin medida, es el 7.º, el ráchaz, en que se suelen escribir los poemas didácticos.

Los maestros del arte poética arábica han clasificado los diez y seis metros primitivos en cinco categorías, llamadas دائرة *daira* ó círculos, comprendiendo en cada una los que más analogía ofrecen entre sí, por el orden siguiente:

- 1.º دائرة المختلف *daira almojtali* ó círculo del discordante: comprende el thawil, madid y basith.
- 2.º دائرة المتوافق *daira almutali* ó círculo del consociable: comprende el wáfir y cámil.
- 3.º دائرة المحتلب *daira almochtali* ó círculo del excitante: comprende el háchaz, el ráchaz y el raml.
- 4.º دائرة المشته *daira almoxtabi* ó círculo del asimilante: comprende el sari, monsarih, jaff, modhari, moctadhab y mochtattz.
- 5.º دائرة المتفق *daira almottafi* ó círculo del concordante: comprende el motacárib y el motadare.

Bajo cada uno de los metros primitivos se comprende un número mayor ó menor de metros secundarios, que se consideran como alteraciones del primitivo, modificado relativamente al número de pies de que se componen. Las modificaciones de los pies consisten en añadirles ó quitarles algunos de los seis elementos primitivos, llamados cuerdas, palos ó tabiques. En razon de estas modificaciones, comprende cada metro بحر muchas variedades, que se dividen en عروض *arúdh* pl., أعاريض *aariðh* y ضرب *dharb* pl. *dhorúb*: cada una de las variedades comprendidas bajo el nombre de عروض *arúdh*, se determina por el último pié del primer hemistiquio, llamado igualmente *arudh*, y cada una de las que forman el ضرب *dharb* se

do á la palma de señalados versificadores ¹ y extremados músicos,

determina por el último pié del segundo hemistiquio, al cual pertenece la rima, llamado *dharb*.

Un bait بيت ó verso se compone de dos mitades ó hemistiquios, llamados مصراع *misrá*, hoja de puerta, ó شطر *xathr*, mitad; y todo él de ocho ó seis pies, partidos igualmente entre los dos hemistiquios.

Por قافية *cafa* ó rima entienden los árabes todo lo que hay entre las dos últimas letras quiescentes del verso, y en ciertos casos hasta las dos letras quiescentes y la vocal que precede á la penúltima quiescente. La rima se divide en cinco especies, segun el número de letras movidas que hay entre las dos últimas quiescentes, que son los límites de ella; la 1.ª tiene lugar cuando las letras movidas son cuatro; la 2.ª cuando son tres; la 3.ª cuando dos; la 4.ª cuando una, y la 5.ª cuando el verso acaba en dos quiescentes, como en

la palabra سلطان. Por lo tanto, el verbo puede terminar ó en una vocal (que se supone seguida de la quiescente análoga), ó en una consonante: en

el primer caso se llama مطلق *móthlac* ó suelto, y en el segundo مقيد *mocayyad* ó aprisionado (Bibl. Ecur., H. ij, 26). Tales fueron pues los principales elementos y leyes métricas de la poesía arábica, que llegaba á contar, ya con relacion al metro, ya á la rima, multiplicadas combinaciones, probándose, sin otro esfuerzo que el de ver confirmados estos cánones desde los siete madllacat ó poemas, colgados en el templo de la Kaaba hasta las obras de Ebn-Abd-r-rabbehí, Ebn-Al-Jaltib, Abú-Ali-Al-kalí, Ebn-Zeydun, Ebn-Jafacha, Ebn-Abdun, y tantos otros como ilustran con sus nombres la historia de las letras arábico-hispanas. Ahora bien: compárese todo este fastuoso aparato con la sencillez de la tradicional metrificación de los hispano-latinos y mozárabes; hágase igualmente con la versificación de nuestras primitivas poesías vulgares, y se comprenderá fácilmente con cuánta ceguedad é injusticia se ha dicho y sostenido que debemos á los árabes las primitivas formas de la poesía castellana. Pero de este punto volveremos á tratar oportunamente, dedicándole además las ilustraciones núms. II, III y IV del presente volúmen.

¹ Conde, en su *Dominacion de los árabes*, inserta á menudo, siguiendo la costumbre de los historiadores que compila, poesías debidas á estos soberanos, conservadas en los Mss. de que se valió para extractar su obra. Lástima es que el empeño de traer de estas poesías el origen de la metrificación popular de los castellanos, le obligara á someter todas aquellas composiciones á una misma versificación y sistema. La mayor parte de los historiadores modernos reproducen los expresados cánticos sin más exámen. R. Dozy, al citar algunos de ellos, consulta con buen criterio los originales.

siendo el más estimado ornato de su corte ingenios tan afamados como Ahmer Aben-Djafar, rey de los poetas de su siglo ¹, Abezben-Nasih, príncipe de los músicos ², Abdaláh-ben-Seamri y Yahya-ben-el-Hakem-el-Gazeli, tenidos por los más doctos varones del Islamismo ³. Esta decidida protección á la poesía, no puede menos de reflejarse en la historia: dados los árabes á las narraciones maravillosas, aficionados á los sucesos sobrenaturales, inclinación que habia fomentado el éxito prodigioso de sus conquistas, sembraron la historia de fábulas é invenciones extraordinarias, y salpicándola de flores y cantares, cargáronla de prolijas, bien que entretenidas digresiones, sin que atinaran con la sencillez de las formas narrativas, ni alcanzaran tampoco aquella sobriedad y templanza del verdadero historiador, careciendo de los grandes modelos de la antigüedad clásica ⁴.

Alentados los mozárabes por la doctrina de Isidoro, quien según dejamos probado, procuró restaurar las letras con el estudio de los antiguos escritores griegos y latinos, volvian entre tanto la vista á aquellas fuentes del buen gusto, y conocidas por ellos las producciones de Horacio y de Virgilio, de Ciceron y de Quintiliano, de Livio y de Tácito, aspiraban, si bien con infecundo anhelo, á devolver á la lengua y á la poesía su antiguo lustre. Ni dejaban de estudiar al propio tiempo las obras de los filósofos griegos, siguiendo así el ejemplo de los Padres, cuyos libros eran tambien

¹ Conde, tomo I, II.^a parte, cap. XXIX.

² Id., id., cap. XXXVII.

³ Id., id., cap. XLI; Romey, *Hist. d'Espagne*, II.^a parte, cap. XIII.

⁴ Digno es de notarse, respecto de las formas expositivas de la historia, que obedeciendo los árabes el originario impulso de las literaturas orientales, y dominados por el prestigio de la autoridad, conservaron y transmitieron de siglo en siglo aquella especial manera de narración que tanto separa á sus historiadores de los griegos y latinos, imitados cual modelos en las literaturas occidentales. Los historiadores mahometanos narran, apoyándose en el ajeno testimonio, de esta suerte: «Dice Isa-Ebn-Ahmed-el-Razi; cuenta Abd-el-Mélic-Ebn-Habib; refiere Bayan-Atmogheb,» etc.: por manera que desaparece á la continua la personalidad del historiador, faltando en consecuencia el propio criterio, y quedando reducida la historia á una simple compilación de hechos, expuestos sin trabazón interior, y por lo tanto sin verdadero arte.

considerados como otros tantos modelos de poesía y de elocuencia ¹. La literatura de los mozárabes, intentando robustecer la no interrumpida tradición de los estudios, lejos pues de mostrarse avasallada por la de los mahometanos, era la más viva y terminante protesta contra la política de los Califas, quienes al despojar á los cristianos de su lengua nativa, obligándoles á estudiar en sus escuelas la lengua y literatura arábica, no advirtieron sin duda que iban á fracasar toda su astucia y poderío contra el inexpugnable baluarte de la Iglesia, último asilo de la conturbada civilización hispano-visigoda. La elocuencia, la poesía y la historia eran en las escuelas cristianas de Córdoba lo que habian sido dos siglos antes en los colegios clericales, instituidos por el IV concilio de Toledo ².

Reconcentrados en esta forma el sentimiento religioso y el sentimiento patriótico, parecian prepararse en secreto á la gran lucha que llena de sangre, á mediados del mismo siglo, la historia del Califato español, no sin que dejara de contribuir á exaltarlos la elocuencia de aquellos ilustres varones, á quienes estaba confiada la guarda de tan caros objetos. El abad Esperaindeo, luz de la Iglesia, oráculo de los sábios, y cuya noble figura se levantaba en medio del clero mozárabe rodeada de la brillante aureola del magisterio ³, fué el primero que, prefiriendo la salud del cristia-

¹ Véase adelante la nota oportuna: Alvaro Cordobés, de quien trataremos en breve, cita con frecuencia á Platon, Aristóteles, Pitágoras y Orígenes, no siéndole desconocidas las doctrinas de los estoicos y epicúreos, que combate con extremado calor en sus *Epistolas* y principalmente en la IV.^a y V.^a, dirigidas á Juan Hispalense (*España Sagrada*, tomo XI, págs. 101 á 129 y siguientes).

² En medio de la reacción operada en los últimos tiempos á favor de los árabes, dando á su civilización una influencia tan omnimoda como inverosímil en el desarrollo de la cultura moderna, se ha llegado á tener por incuestionable que les debió Europa, y primero España, la institución de la enseñanza colegiada. Los que esto han dicho dentro y fuera de la Península, no tenían noticia del II concilio toledano, ni del canon XXIV del tenido en 633, que hemos citado diferentes veces en los capítulos anteriores: sus aseveraciones son por tanto de tan poca autoridad como fundamento, bien que no por esto sea menos conveniente poner correctivo á este error, vulgarizado entre los eruditos.

³ San Eulogio decía: «Vir disertissimus, magnum temporibus nostris

nismo á los frágiles intereses de la tierra, acudió á poner remedio en la mortífera gangrena que inficionaba á sus hermanos ¹. Inclinados estos desde la infancia á las cosas de los sarracenos, seducidos por las promesas y halagos de la corte, y unidos á la grey musulmana por los lazos de la sangre, no solamente vacilaban ya entre el Koram y el Evangelio, sino que avergonzados tal vez del nombre cristiano, velábanse cobardemente el rostro cuando asistían á las ceremonias del culto ². Para condenar pues el extravío de los que abandonaban la ley de Cristo por seguir la de Mahoma; para desvanecer los errores de los que dudaban entre una y otra; para fortalecer, en fin, el espíritu de los débiles y excitar el entusiasmo de los verdaderos cristianos, escribe Esperaindeo; y recobrando en sus manos la elocuencia sagrada su antigua energía, aparece de nuevo entre las gentes para defender la misma causa, cuyo triunfo habia solemnizado Constantino y confirmado Recaredo. Levantaba Esperaindeo, despues de llorar sobre la tumba de los mártires ³, su autorizada voz contra las supersticiones y torpezas del Koram, animado de tan sublime celo; y condenando aquel absurdo código contrario á la divinidad de la

Ecclesiae lumen, Speraindeus Abbas (*Mem. Sanct.*, lib. I, núm. VII). Despues: «Senex et magister noster Speraindeus Abbas» (*id.*, lib. II, cap. VIII). Álvaro Cordobés escribía: «Qui [Speraindeus] ipso tempore totius Boeticae fines prudentiae rivulis dulcorabat» (*Vita et Passio S. Eulogii*, núm. II).

¹ En esta primera mitad del siglo IX florecieron tambien en Córdoba otros varones, cuyos nombres deben ser conocidos en la historia de las letras, bien que sus obras no hayan llegado á los tiempos modernos. Tales son, entre otros, el doctor Vicente, citado por Álvaro en sus *Epistolas*, y Basilisco ó Basilio, á quien el dicho Álvaro menciona, hablando de una impugnacion hecha por él mismo contra Elipando (*Esp. Sag.*, tomo XI, págs. 5 y 6; *Id.*, *Epistola I.^a* y *IV.^a* de Álvaro; Mariana, lib. VII, cap. IX; Morales, lib. XIII, cap. XXXI).

² San Eulogio, *Mem. Sanct.*, lib. II, cap. X. Debe tambien consultarse á Florez, *España Sagrada*, tomo X, cap. VII, pág. 269.

³ Consta por declaracion de San Eulogio (*Mem. Sanct.*, lib. II, cap. VIII) que el abad Esperaindeo escribió la *Historia del martirio de Adolfo y Juan*, santos que triunfaron de sus enemigos en 824; y sábese tambien que á ruego de Álvaro, su discípulo, compuso un tratado contra ciertos heresiarcas, donde hizo gala de su profundo saber y no vulgar talento. Pero desgraciadamente no se conservan, ó no se han descubierto, estas obras.

religion verdadera, ponía de relieve sus falsedades y aberraciones, presentando al par la maravillosa doctrina del Evangelio ¹. No es dable á la posteridad reconocer y admirar hoy toda la fuerza de su lógica, ni todo el arrebató de su elocuencia; pero sí es posible considerar el efecto que este vigoroso *Apologetico contra Mahoma* produce, cuando pesadas las circunstancias en que aparece, se lee el único fragmento que afortunadamente ha llegado á nuestros dias. Esperaindeo combate la repugnante y monstruosa creencia de que gozaran los musulimes en el Eden la virginidad de las celestiales huries, y exclama:

«En el futuro siglo [dicen] seremos todos llevados en triunfo al »paraiso; porque allí nos serán concedidas por Dios hermosas mujeres, bellísimas sobre la humana naturaleza, y preparadas para »nuestro carnal deleite.—De ningun modo alcanzareis en vuestro »paraiso el estado de beatitud, si uno y otro sexo se entregan en »él al ejercicio de la carnal lujuria. Ni será esto paraiso, sino lupanar y obscenísima morada. Cuando el Señor fué preguntado »por los fariseos sobre á quién pertenecería en la resurreccion »aquella mujer que habia conocido carnalmente siete hermanos, »segun la ley de Moisés, respondió: *Errais, ignorando las Escrituras y el poder de Dios. Los hijos de este siglo se casan y »son dados en matrimonio: en la resurreccion, ni se casarán ni »serán dados en matrimonio, sino que serán como los ángeles »del cielo* ².

»Callaré el sacrilegio aquel, que debe ser abominado como horrenda maldad por todos los oídos católicos, y que osó profenrir contra la beatísima Virgen Maria, reina del mundo, santa y »venerable madre de Nuestro Señor y Salvador, el perro impuro »[Mahoma]. Se ha declarado en verdad (hablo con entera reverencia de tan excelsa Virgen) que seria por ella misma violada su »virginidad en el siglo venidero!... Oh cabeza vacía de sesos y »entrañas tiranizadas por Satanás! Oh vaso de perdicion y habi-

¹ San Eulogio decia con este propósito: «Ex voce cultorum eius [Corami], obiectionem induces, ac deinceps suam proponens sententiam» (*Mem. Sanct.*, lib. I, núm. VII).

² Luc., cap. XX, vers. 34 y 35.

«táculo de los espíritus inmundos!... Oh lengua digna de ser cortada con espada de dos filos! Oh órgano de los demonios y sinfonía de Belcebú! ¿Qué furor ó qué locura llegaron nunca á mancharse con tantas blasfemias? ¿Quién te privó de los humanos sentidos, oh cloaca de inmundicias, abismo de iniquidades y sentina de todos los vicios, para que no ya te bastara haber llevado la muerte á tantas naciones, como sedujiste con engañosa doctrina, avasallándolas ahora y siempre con todas las miserias, dolores y obscenidades de la lujuria; sino que osaras también cometer contra el Creador el crimen de suponer, oh impío temerario, que el hospicio celeste y morada del Espíritu Santo, incontaminada, nunca manchada, pura, santa y limpia, había de contaminarse en el siglo futuro con los sacrilegios de tu inmundicia?»¹

Quien de esta manera defendía la verdad y pureza del cristianismo, apostrofando con tan varonil energía al falso profeta, cuya doctrina pulverizaba bajo el peso de las Sagradas Escrituras, emulando la arrebatada elocuencia de Ildefonso, seguro estaba de promover en el pueblo mozárabe una reacción prodigiosa, que sacándolo del abatimiento en que insensiblemente había caído, le restituyera con su antigua fortaleza la acendrada fé de sus padres. El fuego encendido por el abad Esperaindeo prendió, en efecto, en el pecho de sus numerosos discípulos, y cundiendo á la muchedumbre, salvaba las murallas de Córdoba, dilatábase por las llanuras y las montañas vecinas; y aguardando únicamente un soplo indiscreto para brotar en todas partes con igual ímpetu, amenazaba envolver con sus llamas el poderoso Imperio de los mahometanos.

Y no estaba distante tan angustioso momento: fiados tal vez los Califas en el éxito de su política, no sospechaban que en el retiro de las basílicas y monasterios se levantaba aquella sorda tempestad, tomando cuerpo la gran protesta, con que iba el cristianismo á dar solemne testimonio de la servidumbre y abyección en que se intentaba aniquilarlo.

Dos acontecimientos, que sin la exaltación extraordinaria de los

¹ Véase el núm. VII del lib. I del *Memorial de los Santos*.

mozárabes no hubieran acaso producido notables consecuencias, precipitaron aquel inesperado conflicto: escudado en el seguro de la palabra, y fiel á la doctrina de Esperaindeo, había condenado Perfecto, presbítero de San Acisclo, las liviandades del Koram; pero quebrantada por los musulimes la religión del juramento, era acusado de blasfemo ante los tribunales, que exasperados por su entereza le imponían el último suplicio [850]: instigado Juan, de cuya fé dudaban los sarracenos, á revelar su verdadera creencia, descúbreles su aversión al mahometismo, maldiciendo de los que seguían sus errores; y abrumado de injurias y denuestos es conducido ante los mismos jueces, quienes, cargándole de azotes, le ofrecen en irrisorio espectáculo á la muchedumbre [851]. Pensaron los mahometanos que la severidad y dureza del castigo, autorizado en parte por sus leyes¹, sería eficaz escarmiento, imaginando sin duda que la abnegación y esfuerzo mostrados por ambos confesores eran sólo efecto de su personal fanatismo; mas no advirtieron que al dictar aquellas sentencias, precipitaban la explosión del sentimiento religioso y del sentimiento patriótico, por largo tiempo comprimidos, siendo el suplicio de Perfecto y el ludibrio de Juan la primera página de la memorable historia que abría de nuevo en el Evangelio y el Koram inmensurable sima.

Cundió en tanto la fama del martirio por todas las comarcas vecinas, y aprestáronse á conquistar la misma corona otros no menos esforzados campeones de la verdad evangélica: abandonando Isaac el monasterio tabanense, adonde se había retirado después de brillar en el mundo², bajaba á Córdoba para comba-

¹ Decimos en parte, porque al imponer el último suplicio á los que condenaba públicamente el Koram, se excedieron los jueces mahometanos. La ley sólo disponía que el blasfemo contra el profeta fuese azotado: «Lex publica pendet et legalis iussa per omne regnum eorum discurrit, ut qui blasphemaverit, flagelletur» (Álvaro Cordobés, *Indiculus luminoso*, núm. VI).—La profanación de las mezquitas era castigada, por el contrario, con la muerte, cortando antes al transgresor pies y manos. Pero esta ley no se aplicó hasta Rogelio y Serviodéo, quienes recibieron el martirio en 852, después del conciliábulo, de que hablaremos adelante. Es pues evidente que los mahometanos traspasaron el círculo de sus propias leyes, al intentar poner freno al entusiasmo religioso de los cristianos.

² Antes de abrazar la vida monástica, había ejercido el cargo de *Excep-*

tir públicamente la ley de Mahoma; y condenado al último suplicio por sentencia del mismo Abd-er-Rahman II, á quien irrita su valor, acababa su muerte de exaltar al pueblo mozárabe, no habiendo ya valladar ni dique alguno que pudiera contener su entusiasmo. De las ciudades y villas de los contornos, de las aldeas, castillos y alquerías, de los monasterios y ermitas erigidos en los desiertos de los montes Marianos [Sierra-Morena], acudieron pues al abierto palenque numerosos atletas, que presentando sus cuellos á la cuchilla de los musulimes, renovaban con la inflexible firmeza de su fé los primeros tiempos de los mártires.

Este raro ejemplo de valor y constancia, en que competían al par los sacerdotes y los soldados, los ancianos y los jóvenes, las matronas y las vírgenes, descubrió á los ojos de los sectarios de Mahoma que habia tropezado su política en el mismo escollo que procuraba evitar con todo empeño; y perdida ya la brújula en mitad de la borrasca, pensaron, cegados por la ira, que era la fuerza el único medio de aplacar aquel desatado piélago. Ignoraban que en este linaje de contiendas sólo habia para el cristianismo inmarcesibles laureles, y no comprendían qué á medida que se ejercitaba el hierro de los verdugos, brotaban de la sangre cien y cien paladines, para reparar las gloriosas quiebras de aquella celestial milicia.

Comenzóse pues en el suelo de Córdoba la más terrible persecucion de cuantas habian afligido al cristianismo desde los tiempos de Diocleciano; y dado el impulso por los mismos Califas, venia á la exaltacion de los confesores de Cristo el exasperado fanatismo de los sectarios de Mahoma. Así mientras, al aparecer en público, eran saludados los sacerdotes por el populacho musulman con torpes é impíos cantares, excitando á los muchachos á que los apedrearán y repitiesen con exagerada licencia la torpeza de sus burlas; mientras pidiendo á Dios que no se apiadara de los cristianos, apuraban las injurias, arrojando inmundo cieno á los que al pagar el último tributo á sus padres y hermanos, los acompañaban á la postrer morada; mientras no era posible convocar los

tor, de que hablamos en la nota I.^a del presente capítulo (San Eulogio, *Mem. Sanct.*, lib. II, cap. II).

fieles á los oficios divinos, sin provocar el escándalo de aterradoras maldiciones; mientras ningun cristiano podia finalmente salir tranquilo de su hogar, ni entrar sin pública deshonra en los barrios de los sarracenos, los cuales se tenían por contaminados con sólo el roce de sus vestidos, destruíales el gobierno las basílicas, gravábalos con nuevos y mensuales tributos, y acosábalos de tal forma, que era menos dolorosa la muerte, cual término de semejantes desdichas, que el laborioso intervalo de aquella misérrima vida ¹.

Pero si en tal manera arreciaba la saña de los musulimes, y á

¹ Tomamos todos estos datos del *Memor. Sanct.* de San Eulogio, lib. I, núm. XIX, y XX, y del *Indic. lumin.* de Álvaro, núm. VI. Uno y otro agiógrafo dan á esta pintura enérgico y doloroso colorido. Las palabras de Álvaro merecen no obstante ser aquí trasladadas, porque forman un cuadro completo de la bárbara persecucion, de que era víctima la grey mozárabe: «Quotidie opprobriis, et mille contumeliarum fascibus obruti..., ut alia taceam, certe dum defunctorum corpora à sacerdotibus vident, ut mos est ecclesiasticus, humo dando portare; nonne apertis vocibus et impurissimis genis dicunt: *Deus, non miseraris illis*; et lapidibus sacerdotes Domini impetentes, ignominiosis verbis populum Domini denotantes, spurciliarum fimo chisticolas transeuntes, paedore infando adspargunt, maiora minitendo ringentes? Et heu iterum, ac tertio, innumere vae nobis!... qui hanc eorum subsannationis derisionem portamus et de persecutione Antichristi tempore dubitamus. Sic itidem et cum sacerdotes Dei, casu quo quem obviant perviantes, lapides testaque arvisissima ante vestigia eorum revolvunt, ac improprios et infami nomine derogantes, vulgali proverbio et cantico inhonestos sugillant, et fidei signum opprobrioso elogio decolorant. Sed cum basilicae signum, hoc est, tinnientis aeris sonitum, qui pro conventu Ecclesiae adunando horis omnibus canonicis percucitur, audiunt; derisioni et contemptui inhiantes, moventes capita, infanda iterando congeminant, et omnem sexum, universumque aetatem, totiusque Christi Domini gregem non uniformi subsannio, sed milleno contumeliarum infamio, maledice impetunt et deridunt» (loco citato). Debemos también advertir respecto de las basílicas destruidas, que no solamente lo fueron las edificadas recientemente (nuper constructae) en compensacion, cual vá notado en el anterior capítulo, del templo cedido por los mozárabes á Abd-er-Rahman I para levantar la mezquita ó grande aljama, sino también las torres de las que contaban largos siglos de existencia: «Qua occasione satrapae tenebrarum inde capta, etiam ea templorum culmina subruunt, quae à tempore pacis studio et industria Patrum erecta, pene trecentorum à diebus conditionis suae numerum excedebant annorum» (*Mem. Sanct.*, lib. III, cap. III).